

continuación de "Escritores Potosinos," con la segunda Série titulada: PROSA, la que será destinada á composiciones sobre ese tema de personas ventajosamente conocidas en nuestra Sociedad.

Las condiciones, el deseo de satisfacer este nuevo compromiso con los lectores de esta obrita y dar lleno á los justos deseos de los mismos, será igual á la conducta observada en la publicación y reparto de la Poesía.

Expresar la gratitud, es un deber; esperar el apoyo de personas que fomenten estos trabajos es el deseo de

EL EDITOR,

A. B. GONZALEZ.

UNA PUBLICACION DIGNA DE ELOGIO.

Hemos sido favorecidos con la primera entrega de poesías de potosinos que ha comenzado á publicar en esta ciudad el laborioso editor Sr. Adolfo B. González. Esta obrita es digna de encomio, pues su autor se propone dar á conocer á los poetas nativos de San Luis, remontándose á algunos años atrás, y en la primera entrega se leen los nombres de Don Rafael Vélez y Suárez, hermano del veterano coronel Silverio M. Vélez (1850) de D. Francisco González Bocanegra 1847, y de D. Jesús Betancourt, quien floreció por los años de 1808.

Agradecemos el obsequio y deseamos buen éxito á su estimable editor.

Del Periódico Oficial del Estado, fecha 2 de Mayo de 1904.

¡Día de la Patria!

Hay siempre en todos los pueblos una fecha memorable que enlaza las revoluciones á las luces, las luces á los progresos y los progresos al destino de la humanidad; fecha gloriosa que santifican las religiones, que inmortalizan los héroes, que cantan los poetas y que ilustran los siglos; fecha fecunda, que produce la dignidad en los hombres, la justicia en las leyes, la civilización en las sociedades y la independencia en las naciones.

Esta fecha, grande entre todas las fechas es la de la Patria; y para nosotros los mexicanos corresponde el 16 de Septiembre de 1810.

¡Desventurado el que no tiene Patria! desventurado el que la pierde ó la traiciona! mejor le fuera no haber nacido!

Los Ceilanitas vieron un día abrirse el sol y salir de éste astro brillante una bella diosa que les dijo sonriendo:

—Vengo á reinar entre vosotros.

Era la libertad, don del cielo, ídolo de la tierra cuyo soplo inmortal vivifica las edades!

“El día en que la libertad faltase al mundo, dice Herder, se detendría la historia.”

Y desde que Jesucristo, el más santo y el más benéfico de los hombres, lloró por la ruina de su nación, con sus lágrimas divinas quedó santificado el patriotismo.

También santificó la Libertad con su doctrina, y la vida pública con su ejemplo.

Por eso en la era moderna así como en la futura, no puede ni podrá haber libertad sin patria, ni patria sin religión; siendo moralmente imposible por efecto de las mismas luces, que pueda existir bajo el imperio de la ley, el orden, la paz y la prosperidad social con las pasiones populares sin freno, exaltada por la fuerza intelectual de las ideas.

He aquí la elevada inspiración que tuvieron los héroes de la epopeya insurgente, al lanzar Hidalgo su glorioso grito de libertad:

La religión y la Patria.

Religión sin abuso; Patria con independencia.

Y he aquí á lo que tienden hoy por diversos y encontrados caminos las ciencias todas, de acuerdo con la civilización:

A establecer en el mundo la unión íntima, santa y permanente, de la religión con la libertad, sin la cual el elemento revolucionario se pervierte ó se hace despótico, empujando los hombres unos sobre otros, para corromperse, oprimirse ó degenerarse.

¿Que puede producir la libertad sin las virtu-

des más que excesos y turbulencias? ¿que pueden decir las costumbres sin libertad más que servilismo é hipocresía? ¿que pueden producir los intereses materiales sin moral y sin garantías más depravación y sensualismo?

Se dice que Leibnitz conducía de frente todas las ciencias; los Gobiernos republicanos, civilizados y libres, deben en nuestro siglo conducir de frente á los pueblos, sin hacerlos retrogradar por la tinaria, los vicios ó las utopías.

¡ Dichosos los que se salvan del contagio!

II

Ahora bien; en el gran día de la patria y en presencia de las legiones francesas que amenazan su independencia, todos recordar debemos que en la guerra de insurrección, la fé religiosa en la Providencia y la fé política en la libertad, animaron el espíritu de nuestros esclarecidos patriotas, contribuyendo muy eficazmente á emanciparnos. Sin las excelentes virtudes que ambos sentimientos engendran en el pecho de los ciudadanos, purificándoles su amor patrio, la victoria en aquella sangrienta y tenáz lucha habría sido á favor de la opresión. Y hoy lo será sin duda como en 1847, con la invasión norte-americana, si nos apresuramos á cumplir este precepto moral é indispensable, contenido en el artículo 41 de la Constitución de Apatzingan, sancionada el 22 de Octubre de 1814.

Dice así, correligionarios.

“Las obligaciones de los ciudadanos para con la patria son; una entera sumisión á las leyes;

un obediencia absoluta á las autoridades constituidas; una pronta disposición á contribuir á los gastos públicos; un sacrificio voluntario de nuestros bienes y de la vida cuando sus necesidades lo exijan. El ejercicio de estas virtudes forma el verdadero patriotismo."

He aquí el positivo secreto de nuestra fuerza, y la única esperanza de nuestro triunfo; esperanza y secreto que nos comunican desde sus tumbas nuestros primeros héroes.

Este secreto es el de todos los pueblos libres.

Esta esperanza es la de todos los pueblos religiosos.

Con el primer triunfo del despotismo.

Con la segunda de la inmoralidad.

Y con ambas cosas, de revoltosos, á abusos y de invasores.

III

Tirteo, poeta ateniense, y cojo como Lord Byron, fué enviado á Esparta por mofa como general, y alcanzó victoria con su lira.

Al presentarse al enemigo, exclamó en uno de sus cantos que han atravesado los siglos:

"¡Que bello es morir combatiendo en primera fila por la patria! No hay calamidad que compararse pueda con la del ciudadano cuyos hogares abandona al extranjero. Lejos de los deliciosos sitios que le vieron nacer, tiene que andar errante mendigando el sustento en tierra extraña, con su madre querida, con su padre abrumado de años, con su joven esposa y con sus tiernos hijos en brazos. Objeto del desprecio de todos

los hombres, se va viendo devorar lentamente por la abominable miseria! Su nombre se envilece: sus formas, tan gallardas en otro tiempo, se desfiguran; una ansiedad insufrible, una enfermedad desconocida se apodera de su pecho, y la negra tristeza lo consume! No tarda en perder toda idea de pudor, y su frente, sin dignidad, ya no se sonroja..... ¡Ah sepámos morir por nuestra patria, nuestra familia y nuestra libertad! Héroes combatamos estrechamente unidos. ¡Ninguno se deje dominar del miedo ni se entregue á la fuga! ¡Pródigos de nuestra vida, precipitémonos con generosa resolución sobre el enemigo! ¡Que ignominia si el padre cayese en la refriega antes que el hijo .. jóvenes guerreros, al combate!

Poco á propósito es para la guerra quien no puede con serenidad ver correr la sangre y no arde en deseos de aproximarse al enemigo. La corona más brillante es la que está reservada para el guerrero intrépido, la corona que ilustra á los héroes! Verdaderamente útil á su país es el joven que avanza denodadamente en primera fila, permanece en ella, y ageno del temor se precipita contra el enemigo. Verdaderamente útil, verdaderamente grande es ese joven!

"Las compactas contrarias falanjes se disipan á su presencia: la victoria sigue á la gloria que el valor de ese joven le indica. Mas si cubierto el pecho de mil heridas cae el esforzado guerrero sobre el campo de batalla, ¡que honor para su patria! ¡que honor para sus conciudadanos y para su padre! ¡Jóvenes y ancianos, todos le lloran: en pos de sí arrebató el amor de un pue-

blo entero! su tumba, sus hijos, su posteridad la más remota merecerán el respeto de los hombres. No, no muere el héroe que da su vida por la patria; no muere! es inmortal!"

IV

Hoy no nos hallamos en el siglo de Aristodemo; sino en una época de luces y Napoleones, de libertades y tiranías sucesivas; y por lo mismo, para salvar a nuestra patria de los peligros que la amenazan, antes que invocar a la Marsellesa y las ficciones debemos seguir el ejemplo de nuestros libertadores imitando sus virtudes, a fin de que su sangre generosa no caiga sobre nuestras cabezas.....

No olviden, pues, nuestros compatriotas, que los ciudadanos que abandonan la moral por las ideas, perecen; y que en las grandes crisis sociales como la que se nos espera, es precisamente donde siempre corren los ánimos más peligro de envilecerse, porque, no afectándose entonces los hombres sino con acciones heroicas y sucesos extraordinarios que de antemano tiene ya absorbida la opinión pública, miran con positiva indiferencia los hechos pequeños que no tienen una relación inmediata con esos sucesos y esas acciones, aunque en tales hechos se hallen violadas todas leyes de la moral y de la justicia. En presencia de un enemigo extranjero cuya osadía amenaza la independencia; que caso hacen los ciudadanos del juez que vende sus fallos, del empleado que roba la hacienda, del ladrón que hurta al vecino, del calavera que seduce á una niña, y has-

ta del falsario que se alista en la milicia nacional para escapar de la ley y tal vez para convertirse en héroe? Cuando cesa la tempestad y la irritación calma, todos descubren con horror, con tristeza y desesperación, la llaga asquerosa que el egoísmo patriótico ó el patriotismo egoísta de cada uno ha abierto en la sociedad; y, mientras los exaltados reclaman, los juiciosos reflexionan y la mayoría celebra los triunfos, la corrupción sigue su curso como esas corrientes subterráneas que arrastran las inmundicias y propagan las pestes en las incultas poblaciones....

Tenemos hoy por lo mismo dos grandes peligros que conjurar; el enemigo exterior y la subversión posible de nuestro mismo orden moral, Uno y otro son terribles; uno y otro pueden causarnos males inmensos: ambos nos quebrantarán para siempre sin el ejercicio constante de las virtudes republicanas, recomendadas por nuestros héroes.

"Una antigua profecía dice el sabio baron de Humboldt, hacia esperar á los mexicanos una benéfica Reforma."

Y esta profecía puede cumplirse hoy mejor que en los tiempos de Tezcatlipoca!

Ramón F. Gamarra.

San Luis Potosí, Septiembre 18 de 1862.



En un Cementerio.

¡Por qué mi corazón late presuroso y la tristeza se ha retratado en mi semblante? ¡Ah! Aquí es la mansión de la muerte, el lugar de los suspiros y de las lágrimas: aquí es el cementerio ¡Huesos descarnados y blanquecinos! ¡Sepulcros, epitafios! ¡Por qué á nuestra vista el ánimo se amedentra! ¿Que es la muerte? ¿Que es el no ser? El que se muere, es aquí abandonado, depositado en un hollo ó colocado en una gaveta. Sobre el surco de tierra que manifiesta la inhumación de un infeliz, cuando más, una mano cariñosa coloca una humilde cruz; sobre la lápida dorada que cubre la gaveta se gravan retumbantes y mentirosos epitafios. ¡Que sarcasmo! ¡Porqué el hombre, ese ser vanidoso y débil, quiere llevar la mentira y colocarla sobre el borde de la tumba! ¡Y de que sirve ese insulto esa mueca grotesca que el vivo hace á un cadáver!

¡Epitafios! Ningunos ambiciono para mi tumba, porque no quiero que las burlas de esta vida me acompañen hasta en mi última morada. Los epitafios que ambiciono son una lágrima y un suspiro que la amistad derrame sobre mis restos, que el amor exhale al recordar mi existencia. ¡Cuánto ambiciono para mi sepulcro esos sollozos que esa infeliz muger del pueblo lanza aquí, sin testigos, ante ese montecillo de tierra! ¡A quien ilora tan acerbamente? "Hijo mío, mi chiquito, dice, por que te fuiste?" "¿Porqué me dejaste sola?" La desconsolada muger no puede hablar, porque el dolor anuda su garganta; en su rebozo enjuga sus lágrimas y deja ver en su rostro un amor entristecido. ¿Y qué vale una loza de marmol en comparación de las lágrimas de una madre?

La triste muger abandonando el cementerio, donde duerme para siempre el hijo de sus entrañas. Yo me quedo solo, contemplando lo que es la vida, lo que son las riquezas y la belleza, el amor y la ciencia, cuando, una vez cortado el hilo de nuestra existencia, nuestro cuerpo viene á ser enterrado.

Leía yo el epitafio puesto sobre el sepulcro de una joven de dieziocho años: se decía que era bella como el iris y pura como la azucena. ¿Que sentía esta jóven al abandonar la vida? ¿La tumba se le presentaba como una mansión horrorosa? ¿La eternidad abría sus puertas de bronce y presentaba una mansión de felicidad? ¿Suzurraban aún en los oídos de esa moribunda los cantos de amor que en un tiempo la dirigieron sus adoradores? ¡Quien sabe.....!

Me dirijí al osario y allí encontré los restos de tres generaciones revueltos, acinado. Edades, sexos, condiciones, virtudes, vicios, todo estaba ahí mezclado. Los huesos del asesino reposaban, tal vez, al lado de los de su víctima, y los del seductor se tocaban con los de la incauta joven. ¡“Oh sociedad! exclamé, así eres tú, confusa amalgama, en tu seno abrigas todo quien puede tacharte de exclusivista”! “Aquí, añadió, tal vez dentro diez años estarán mis huesos confundidos, intépolados con los que ahora miro, hasta que las influencias atmosféricas y el tiempo, los conviertan en polvo, el cual se llevará el viento quien sabe á donde”

Abstraido en estas ideas, no había advertido que el sol no brillaba ya sobre el horizonte. El ruido que hizo la llave en la cerradura me sacó de mi meditación y vi que el sepulturero había depositado en el suelo su pala y su azada á fin de cerrar la puerta del cementerio. Dijí mi adiós á los muertos, prometiéndoles venir dentro de poco tiempo, á acompañarlos en su sueño eterno.

Matéhuala, Diciembre. 22 de 1864.

NOTA.—Apuntes íntimos del Sr. Lic. Francisco Macías Valadez facilitados por su familia á instancias del Editor.



DISCURSO pronunciado por el C. Lic. Fortunato Nava en la festividad cívica de la noche del 15 de Septiembre de 1869, en el Teatro Alarcón.

A mi muy apreciable contemporáneo de Colegio, al ilustre C. Vicente Riva Palacio, en testimonio de respeto á su talento, á su instrucción y á su mérito literario dedico la siguiente oración conmemorativa.

FORTUNATO NAVA.

CONCIUDADANOS:

¡Que significa esta augusta reunión de mexicanos, ligados por el grato vínculo de la fraternidad? ¡Que digna ofrenda habeis venido á depositar en vuestra cordial asociación ante este venerable monumento patriótico? ¡Que númen misterioso santifica el delicioso esplendor de esta fiesta familiar? ¡San Luis, ciudad encantadora,

perfumado canastillo de jazmines y rosas, nido de amores donde al tierno arrullo de la queja de sus palomas, bajo el cielo purísimo de su santuario derrama la poesía del sentimiento en los indefinibles goces que se desbordan del corazón: San Luis, la beldad predilecta de la patria, vestida de gala como la virgen que jura sus votos al pie de los altares, aparece radiante de júbilo, trémula de de ventura, profundamente conmovida de placer, palpitante de emociones infinitas. El bronce sagrado pregona en las alturas las contentas emanaciones del espíritu; el ronco estallido del cañón llena el espacio con la magestad de su sonoro imperio; las bandas militares dan al viento el concierto de sus festivas dianas; un pueblo entero arrebatado de entusiasmo, ébrio de satisfacción, precedido de alegres músicas y antorchas deslumbradoras, recorre las calles públicas elevando en sus cánticos el hosanna al Dios de las naciones, evocando la gloriosa memoria y los manes queridos de sus héroes, y endulzando las horas infantiles de sus hijos; los ástros brilladores de esta noche memorable, este bellísimo conjunto de magas y vestales que guardan el sacro fuego en el templo del alma, ataviadas con los seductores encantos de la gracia y la hermosura, inundan con los fulgores de sus limpias pupilas este recinto popular, y dan vigor á la débil expresión de mi pensamiento; y hasta parece que personificándose, que reanimándose la naturaleza virgen y risueña de nuestro país, despierta contenta en su lecho de flores, para venir graciosa y lisongera, á tomar un justo participio en esta solemnidad.

¡Mexicanos! ¿Que regocijo es este cuya vívida luz se refleja en vuestras serenas frentes? ¿Será acaso, que se opera en este momento supremo la renovación de aquellas suntuosas festividades conque la antigüedad, pretendió enaltecer el paganismo? Es que en la indecible exaltación de nuestra alegría, celebramos alguna epopeya grandiosa de nuestra vida social. Es amigos míos que sentimos sobre nosotros mismos la influencia soberana del génio de la patria; de ese génio que en el sepulcro mudo y silencioso de nuestros padres, suspende hoy su dolor y sus lágrimas, para tomar asiento en nuestra fiesta de hermanos; de ese génio, deidad espiritual del cielo, que en el campo de nuestras campañas fratricidas, sobre los despojos de la guerra, se ha presentado melancólico y enternecido á contemplar nuestra desventura al rayo amigo y apacible de la luna; de ese génio que sonríe en nuestras expansiones familiares; que cubre de flores los placenteros lazos de la amistad; que se refleja en la ardiente mirada del amante; que alegra nuestras llanuras y nuestras montañas, y que circundado hoy de una aureola gloriosa, da regocijo al corazón, inspiraciones á nuestra alma, movimiento y vida á nuestra sociedad.

Es amigos míos, que brota en nuestra memoria el hermoso recuerdo de aquella hora feliz en que se inició nuestra redención política; es que celebramos el glorioso aniversario de nuestra proclamación nacional, del principio soberano de nuestro ser, del renacimiento, del bautismo sacramental de México: bajo el amparo de una voluntad inflexible y omnipotente, ¡el patriotis-

mo! y la consagración primordial, magestuosa y santa de la justicia popular, ¡la independencia!

Cada pueblo de la tierra, bajo la dulcísima impresión de sus recuerdos, queridos lleno de veneración y de respeto, se acerca de tiempo en tiempo alrededor del altar de la patria, á perpetuar la tradición sagrada de sus glorias; las protestas vivas de sus virtudes, los verídicos testimonios de su civismo, y á ofrecer en holocausto, á la madre comun, su amor, á sus antepasados su gratitud y reconocimiento, y á Dios los sinceros votos de corazones fieles y patriotas.

Nosotros sin sustraernos al deleite del sentimiento mas entusiasta, hagamos la apoteosis de la gran idea proclamada por el héroe de 1810: al mérito de esa inmortal proclamación unámos el del patriarca providencial de México, y examinando si al sacrificio de nuestro benefactor corresponde la generación presente, procuremos no hacer estéril la pompa de esta solemnidad, en que debemos ratiñar nuestros juramentos por asegurar los futuros destinos de la nación.

La humanidad, esa creación bendita y privilegiada en quien el soplo omnipotente de la Providencia divina encendió la llama vivificadora é inmortal de la inteligencia, deja escritos con luminosos caracteres en la noche de los tiempos, los dogmas fundamentales de sus justos derechos, de su perfecta existencia, y de su verdadero progreso.

Allá en la era remota del oscurantismo en que la tierra estaba constituida en una inmensa pagoda de confusiones é ignorancia, y las sociedades en un caos de creencias y de supersticiones,

una gran familia en las tostadas arenas del Egipto, arrastraba las pesadas cadenas de la esclavitud; pero en sus lastimeros gemidos y en sus amargas lágrimas no se evaporaba el grandioso pensamiento de su rendición, ni en su cruel infortunio desmayaba un instante el portentoso espíritu que la animaba; que á ella le estaba reservado lo mas importante en el mundo, la sublime misión de conservar lo pasado, dominar el presente, y asegurar al género humano su porvenir.

Esa gran familia israelita, víctima de una opresión incalificable, santificaba su dolor con la firmeza de sus esperanzas, sus deseos con la clara justicia de su causa, y la seguridad de realizarlos con la sana conciencia de sus derechos y con la indestructibilidad de su unión, Confianza así en ese espíritu divino que enciende el lumínar del día y las lámparas celestiales de la noche, que creo la vida, el infinito espacio y que anima el universo, llegó el día solemne en que el ángel tutelar de su inolvidable patria, no se inclinaba ya sobre la cuna de sus hijos, para apagar con las aguas de su llanto la hoguera de sus penas y sin que fuesen bastantes para contener aquel pueblo los príncipes de Edon, los valientes de Moab ni los hijos belicosos de Chanaan; el israelita atraviesa las ondas del mar rojo, El desierto inmenso de Sim se estremecía al eco poderoso de su voz. No era el grito criminal ahogado en las devoradoras llamas de Sodoma: no la voz triste y angustiada, perdida entre las asombrosas ruinas de Sagunto y de Numancia, ni el acento tierno y desgarrador hundido en el

abismo la pavorosa noche de Tebas y de Menfis. Era una voz sagrada y sincera como la voz de la conciencia; era una voz respetable y soberana como voz de la justicia; era la emanación irresistible de la fé en el triple principio de Dios, la sociedad, la ley: era la voz redentora de un pueblo, era la voz de independéncia, la proclamación augusta de la libertad, cuyo eco vigoroso pasando de tiempo en tiempo, de generación en generación, no se detuvo sino un instante en la cruenta cima del gólgota, para aterrorizar á los intolerantes, á los opresores, á los déspotas, á los tiranos, á los deicidas, y para venir después acompañados de las bendiciones y de los últimos suspiros del Salvador del mundo.

Ese eco santo que resonó en las fértiles playas de la hermosa América, en las ricas formas de esa poética Sirena de los mares, risueña inspiración de la ventura, exaltó las virtudes cívicas de Washington, conmovió el alma vigorosa de Bolívar, é inflamó el patriota corazón de Hidalgo que le vantó el grito salvador de México la memorable noche del 15 de Septiembre de 1810.

Cincuenta y nueve años ha que por la boca inspirada de ese génio en cuya frente se reflejaba el espíritu del cielo, perdía su vigor ante la ilustración del siglo diez y nueve la donación de Alejandro VI á la corona de Castilla.

Las rancias ideas de las viejas generaciones, cedían el puesto á la filosofía moderna.

El derecho de todos clamaba contra el pretendido derecho divino de un rey usurpador.

La libre acción de las sociedades no era ya un misterio, y la justicia de la libertad de México, apareció proclamada por el venerable cura de Dolores, como una exigencia del tiempo, como una ne-

cesidad de la nación, como una demanda de ese derecho que se vé por su claridad, de ese derecho que se siente por su evidencia, de ese derecho cuya fuerza nadie resiste, porque es tan incontrastable como la voluntad poderosa de los pueblos.

Sin embargo era una empresa colosal tan atrevida como gloriosa, tan difícil como humanitaria, tan grande como liberal, tan política como filosófica, tan racional como heroica; y para llevarlo á feliz término el gran Hidalgo, sin gente, sin armas, sin recursos, sin elementos organizados, solo contaba con una alma de fuego, con un inmenso amor patrio, y con un valiente corazón que no media las graves dificultades con que se preparaba á luchar.

Así, abrigando la fé de un apóstol, emprende y sigue su glorioso camino sin vacilar un instante, para devolver cual otro Moisés su patria y libertad á un numeroso pueblo. Abrigando la previsión de su profeta, sabe con evidencia que el destello luminoso de su alma, la sublime proclamación de libertad, se realizará para México, como la buena nueva con que los hombres inspirados por Dios saludaron la redención del mundo. Abrigando la convicción de un filósofo, vé la independéncia como el medio necesario para desarraigar las preocupaciones, para ilustrar al pueblo y para impulsar á su patria por la vía del progreso y la ventura, y abriría vastas fuentes de vida, de prosperidad y de grandeza. Abrigando la heroicidad de un guerrero, no le arredraba la poderosa fuerza del coloso á quien desafiaba su génio, ni le desanimaba la falta de

arreglo en los preparativos de la guerra, supuesto que vencía cuantos obstáculos se oponían á su alto fin, improvisando ejércitos, municiones, recurso de todo género, con los que algunas veces arrancó favores á la victoria; y la sangre vertida en granaditas fructifico para México, como fructificó para el pueblo escogido la sangre vertida en Jericó. Abrigando la grandeza de un libertador lleva adelante su elevado pensamiento contra los errores del servilismo, contra las preocupaciones, contra las predicaciones de la prensa, contra los anatemas del clero y contra la implacable persecución de los inquisidores; y á todo se sobrepone, todo vence su heroismo, su ilustración, su valor y su patriotismo: su palabra era el dardo de Guillermo Tell lanzado contra el corazón del opresor. Abriendo la santa resignación de un mártir, no le intimida la muerte, desprecia el barro deslucible de su ser, con tal de que se salve, triunfe y florezca la gran idea de la independencia mexicana; y momentos antes de perder la vida y de que fuesen raídas sus venerables manos, perdona á sus verdugos, y queda plenamente tranquilo para consagrar sus últimos pensamientos y sus últimas palabras á su querida patria.

Hidalgo como apóstol de la libertad, Hidalgo como profeta de nuestros destinos, Hidalgo como filósofo social, como guerrero heroico, como eminente libertador y como mártir del amor patrio, nos ha enseñado el camino de ser libres. Acribillado por el plomo enemigo, el 1.º de Agosto de 1811 murió sin coronar la magnitud de su atrevida empresa; pero al morir, con los áto-

mos del sol reverberante de su gloria inperecedera, escribió su inmortalidad en el gran libro de los tiempos y de las generaciones. Murió; pero su sangre bendita era la llama que fundía las cadenas de la esclavitud, y calcinaba el pesado yecto de la opresión. Murió; pero el símbolo brillante de la satisfacción nacional, los lauros inmarcesibles que adornan su sepulcro, crecen inclinados bajo las bendiciones de la posteridad, que eternamente les consagrará tiernos tributos de admiración y de respeto. Murió; pero su memoria perdurable, que es el astro más esplendente del cielo de la patria, alumbra nuestro camino; ha sido el faro de la existencia de México; y á su prodigiosa influencia, coronó la victoria en la ciudad invicta el esfuerzo inspirado del inmortal Zaragoza; primer estallido del anatema nacional con que un día habría de ser confundida en Querétaro la más infame de las opresiones. Murió; pero si su heroismo no nos hubiera colocado en la ancha senda de la independencia, indudablemente los pueblos del mundo no saludarían aún el hermosísimo iris de la nacionalidad de México.

Viviamos como vasallos é Hidalgo nos hizo ciudadanos. Viviamos como desgraciados colonos, é Hidalgo borrarónos la marca del antiguo régimen, nos emancipó y nos dió un nombre glorioso. Viviamos como tributarios, é Hidalgo nos trajo los preciados encantos de los libres. Viviamos en la oscuridad, é Hidalgo nos trajo la luz. Viviamos abrumados de obligaciones indebidas, é Hidalgo quitándónos tan odiosa carga, nos restituyó el poder de nuestra libre ac-

ción y de nuestros propios derechos. Viviamos como esclavos, inclinados bajo una servidumbre injusta, é Hidalgo rompiendo el látigo del pretendido Señor, hizo caer el polvo de nuestra frente para que fulgurara en ella la luz purísima de la libertad.

Las aguas de los mares, las rápidas corrientes de los ríos, las frescas auras de Septiembre, llevaban hasta las mas apartadas regiones del globo, el honroso nombre de nuestro ilustre libertador, llevaban su poderosa voz, la voz sonora y armoniosa de esa libertad sacrosanta á cuyo soplo regenerador se rebullen ya los mohosos troncos de la vieja Europa, se conmueve la dolorida Polonia, suspira enternecida la desventurada Irlanda, llora la poética, la divina Italia, y canta alegre entre los tormentos y la sangre preciosa de sus hijos, su dulce porvenir, la espléndida perla de los mares, la hermosa Cuba.

No desmayeis, oh pueblos oprimidos, que pronto sonará la hora bendita de vuestra salvación!

Reyes opresores del mundo, se acerca el día feliz de la emancipación y de la justicia universal. Temed que los luminosos destellos de la esplendorosa ráfaga de la libertad, hieran los autos de vuestra tenebrosa conciencia. La civilización destruye las cadenas de la esclavitud, descubre el oscuro velo de las preocupaciones, descubre los claros derechos del hombre, de la familia, de las naciones. Vuestros cetros se romperán en todas, partes como se rompió el de Isabel en España, como se rompió el de Francisco José en Sadawa, como se rompió el de Napoleón 3º en México, como se rompió con formidable estruendo el del desventurado archiduque de Austria.

¡Salud á los héroes de la humanidad que rechazan y vencen el poder de la arbitrariedad y del despotismo!

¡Ay de los pueblos en cuya azarosa existencia sembrada de abrojos y de sufrimientos, no surja una fuente de consuelo, un génio poderoso que los salve del abatimiento, que los libre de la abyección, que los redima del servilismo. Mucho tardará para ellos esa deseada época de paz sin inquietudes, de libertad sin desventuras, de satisfacción sin zozobras, de felicidad sin infortunios!

Para un pueblo su libertador es el todo. Todo se le debe como merecido tributo á sus trascendentales acciones; es digno, es acreedor al respeto, á la veneración, á la gratitud y reconocimiento de sus compatriotas. Por eso nosotros acariciamos con ternura en el fondo de nuestra alma, la adorable memoria de Hidalgo, á cuya grandeza, profundamente conmovidos, rendimos este merecido homenaje, esta religiosa obvación, este culto nacional.

Mas ¿por qué, al aproximarnos sumisos á sus altares, se cubre de rubor nuestro semblante? ¿Qué nuestra conducta, no ha sido digna consecuencia de tanta gloria? ¿No se proyectan en nuestros actos el patriotismo, la ilustración y el heroísmo de nuestro grande libertador? ¿No hemos correspondido honrosamente á la sublime epopeya de nuestra independencia, al augusto sacrificio de martirio con que fué sellada nuestra rendición política? ¡Oh génio venerable de Hidalgo, benefactor ilustre, padre respetable del mejicano, ¿por qué mandas sobre nosotros en

esta hora solemne la hidra cruel del remordimiento! por qué nos pones frente á frente nuestras graves faltas, los crasos errores en que hemos incurrido? Tenemos contraída en tu favor una grande, una inmensa deuda, y la generación que supo colocar á tu obra prodigiosa una corona inmarcesible, ha sido más mercedora, más digna aún de tus cuantiosos afanes, que la generación presente que suspira y llora sobre tu sepúlcro. Tú nos prescribiste que fuésemos verdaderamente hermanos, que bajo el ancho manto de la libertad formásemos una é indivisible familia, animada de un solo pensamiento, la independencia; movida de un solo deseo, el bien general; vigorizada de una sola esperanza, el porvenir más venturoso; y la discordia con todos sus horrores, ha vertido en nosotros la hiel de la amargura; ha roto impía los dulces lazos de la fraternidad y nos ha separado á los unos de los otros. Tú nos encargaste que cultivásemos con cara solicitud la oliva inapreciable de la paz, y el torbellino de las pasiones desenfrenadas, la furiosa tempestad de los odios y el estruendo de las armas, reinarca en nosotros los toscos y deformes caracteres de la raza de Cain. cuando dejamos á nuestro paso fraticida sobre la tierra una inmensa sucesión de sepuleros, una cordillera de fúnebres cipreses, las densas tinieblas de esa pesada noche de insomnio, de honda tribulación que forma nuestra borrasca vida, en lugar de esa luz pura y radiante del claro y apacible día de la felicidad que nos deseabas. Tú nos consagraste con generosa abnegación, el más precioso legado de la humana creatura, la

patria y la libertad, y nosotros prostituyendo las virtudes cívicas, debilitándonos en nuestras contiendas familiares, sin poder restañar la sangre de nuestras heridas, abandonamos nuestros puertos al desenfrenado vandalismo del Norte; y en los luctuosos días en que las aguas del Bravo se enrojecían con la sangre de nuestros compatriotas, en los momentos supremos en que herida de muerte nuestra nacionalidad en Veracruz, Cerro Gordo, Churubusco y Chapultepec; y en el palacio de Moctezuma se enarbolaba el pabellón de las estrellas, tus hijos desnaturalizados pugaban entre sí por meras teorías desoyendo los clamores de la patria afligida que pedía sacorro y venganza y viendo con fuo desdén, los pisoteados girones de nuestro pendón nacional.

Tú circundaste de pompa, magestad y deslumbrante grandeza, en el santuario del alma, el amor de la patria; le pusiste por guardianes de su inviolabilidad, el valor, la dignidad, el honor, las virtudes, para confirmar así la suprema ley de la redención política del hombre por el hombre. Combatiste heroicamente la influencia criminal de los delinquentes hijos de Arbues y de Guzmán; y los necios caprichos de una tiranía injustificable, para elevar en el fulgente trono de la concordia, hasta el diamantino cielo de México, la razón que condena los errores, la justicia que los reprime y castiga y la libertad que nos enlaza con su vínculo amoroso. Unjiste con el óleo santo de tu sangre preciosa esta tierra sembrada de tribulaciones y dolores, regada de lágrimas y santificada con la espaciación augusta

de mil y mil mártires. Pero nosotros todo lo hemos profanado. Nosotros hemos orillado á la joven república al sacrificio supremo en que, su fatigada existencia, fué cruelmente torturada por el déspota de las Tullerías. Nosotros mismos con mengua de nuestra moralidad civil, de nuestros intereses nacionales y del aseguramiento de nuestro bienestar, hemos preparado ese cataclismo que solo el valor mexicano conjura con la ejecución sangrienta del Cerro de las Campanas.

Mas después de tanto sufrimiento, después de tanta desventura, ¿está asegurada ya la dicha de nuestro porvenir?

Hundida la nación en un mortal parasismo, en un inmenso dedalo de graves males, en un deplorable conjunto de adversidades, ¿no aparecerá alguna luz de lisonjera esperanza en nuestro horizonte nebuloso? ¿No habrá un consuelo en tan profundo conflicto? ¿No existirá un géuio que nos salve de ese insondable abismo en cuyo peligroso borde vacila nuestra existencia nacional? ¿Precedidos de una fatalidad inconcebible, continuamos avanzando por el antiguo camino que desgraciadamente nos condujo á la dominación extranjera, por ese sombrío camino de infortunios y de ruina, por el tortuoso camino de nuestra perdición! ¿En qué sueño criminal se estravian los mexicanos? ¿no disiparemos ese punible marasmo de que estamos poseídos? ¿Inspirados, oh sombra veneranda de Hidalgo! ¿México, no duermas ya, que el eco vigoroso de una voz santa te despierta!

Si un día conmovida bajo las inspiraciones de la civilización, si impelida un día por el irresistible estímulo de las modernas ideas, si entusiasmada por ese armonioso y divino concierto de los

pueblos que magestuosamente se encaminan á su predestinación, levantaste la espada victoriosa de la reforma y en duelo á muerte contra el retroceso atacaste de frente las preocupaciones y los inveterados vicios que se oponían á nuestra marcha, hoy lamentas con profundo dolor, que esterelizadas en gran parte las incalculables consecuencias de ese grande, de ese benéfico principio, no hayan florecido, no hayan fructificado, no te hayan hecho prosperar como debieran.

Relajándose los vínculos sociales, extraviándose la augusta y soberana misión de la ley, haciéndose ilusorios los salubres efectos de la justicia, los derechos y las garantías del hombre, la muerte le sorprenderá en la risueña primavera de la vida. ¡Méjico, no duermas ya que el eco vigoroso de una voz santa te despierta! Tu eres ó Méjico la madre tierna y amorosa de tus hijos, la que perdonarías compasiva sus errores, para que volvieran á tu seno á gloriarse en tus inefables caricias; pero los que debieran ser el eco fiel de tu sentida voz, desarrollan en su punible intolerancia la conservación y fomento de los ódios, la diversidad de opiniones y de los intereses sociales, y alejan la confianza pública y la deseada paz de los pueblos.

Los fabulosos torrentes de oro y plata que salen por nuestros puertos, la falta de esa sangre que circula por nuestro cuerpo social, te está debilitando.

El espíritu de empresa decae.

Los giros se paralizan.

El movimiento, la actividad, las señales de nuestra vida social desaparecen. Las fuentes de la riqueza pública se agotan.

Del fondo de nuestros campos y de nuestras poblaciones se levanta el grito aterrador del hambre y la miseria.

La sociedad presenta los convulsivos síntomas de la agonía. ¡Méjico, no duermas ya que el eco vigoroso de una voz santa te despierta!

Tú no puedes por ahora sostener contra el extranjero esa competencia que establece la reciprocidad del comercio, porque no ha sonado aún la hora en que la institución mercantil, sea la columna principal de tu existencia como lo es de la mayor parte de las naciones de la tierra; y es por esto que la práctica aplicación del gran principio de libertad en ese ramo, y la libre estracción de tus caudales, acaba con tu naciente industria, con tus elementos de vida, y trae consigo la decadencia y la ruina.

Lo que quiere la República son garantías. Lo que quiere el ciudadano es la confianza en que el gobierno no le usurpará sus derechos; la confianza en que el magistrado destinado á la custodia de las leyes, no abusará de ese sagrado depósito para oprimirle; la confianza en que los demás ciudadanos no lo inquietarán: que esté seguro de que su paz no puede ser turbada: que su vida protegida por las leyes no puede serle arrancada: que los delinquentes serán escarmentados: que esté seguro de que la propiedad que ha llegado á sus manos por justo título, está protegida por todas las fuerzas de la nación, que Méjico será para los mejicanos, y

que la autoridad será respetada y obedecida al reprimir toda clase de abusos. Así cobrará vigor y se engrandecerá la nación. Así los hombres, las empresas y los capitales afluirán á nuestro amortiguado país, y jamás el poder extranjero vendrá á imponer su pesado yugo, á los que aman, desean y sueñan una positiva y deliciosa libertad.

Mas, para qué tocar en estos momentos solemnes los males que consumen la vida popular, el espíritu público, las instituciones y la existencia nacional? ¿Para qué interrumpir con lastimeros gemidos los ardientes himnos de gratitud que se levantan de nuestros conmovidos pechos? No manchemos con lágrimas el hermoso cuadro que se presenta hoy á nuestra imaginación, ni ofusquemos con las densas nubes del dolor el brillo, del recuerdo venturoso que nos anima y regocija.

El hermoso lazo de la reconciliación nos ligue en este caro instante de nuestra vida, en que debemos deponer nuestros odios y nuestros rencores. Que en la efusión sublime del sentimiento patrio, no debemos ver en nosotros mismos, mas que hermanos, que dignos miembros de la gran familia mejicana, nacidos de una madre amable. E impulsados por unos mismos intereses, movidos por el solo deseo de nuestra ventura, renovemos nuestros juramentos por asegurar los futuros destinos de Méjico independiente, ante el venerable altar de la patria, bajo el sólio esplendente de nuestra querida libertad.

¡Méjico! dulcísimo nombre de la patria mía!

isueña expresión de la naturaleza! Méjico; tierra bendita llamada á ser el asilo clásico de la libertad: tan rica como codiciada, tan hermosa como desventurada. Méjico. Joya preciosa de esa hada hechicera de la América, brillante, dorado ensueño de Cristóbal Colón! el pueblo que en las profundas angustias de tus tormentos, supo romper las cadenas con que te aprisionaba el poder español; el pueblo que deificando sus dolores, al compás de sus cantos de victoria sacudió el yugo de las preocupaciones y de la tiranía; el pueblo que á la faz del mundo levantó su nombre glorioso sobre la fama bélica de la orgullosa Francia, hoy bajo la influencia sacrosanta del inmortal recuerdo de Hidalgo, jara librarle de los peligros que te amenazan, y hacerte fuerte por la unión, rica por el trabajo, grande por la ilustración y feliz por el patriotismo. Entre tanto, este oscuro hijo de ese pueblo, espera ansioso con la mano sobre el sombrero, los albores de la hora suprema de tu dicha, para saludar entusiasmado tu venturoso porvenir:

¡Mejicanos! ¡Viva la Independencia! ¡Viva la Libertad! ¡Viva la República!



La juventud que marcha

Los hombres pensadores, las naciones civilizadas, llevan siempre por brújula de su porvenir, que marque el norte de su gloria, el progreso de la juventud; no será jamás este progreso positivo aquel fantasma ridículo que espanta á los pueblos supersticiosos con cuentos de duendes é invenciones femeniles, azás crédulas, para un vulgo ignorante, sino el perfeccionamiento en la inimitable ley eterna y divina que ordena las costumbres y pone á Dios por autor único y soberano del destino de la humanidad y del orden del universo. ¿De qué serviría la ecuación siempre variable de a-z si, sobre esa fórmula de una matemática que calcula, está invariablemente fundado el destino de una alma que desde su primer aliento reconoce á su Dios, autor de las maravillas de un mundo cuyos habitantes muchas veces se enloquecen para resolver ¡miserables! la trascendental fórmula del infinito!

Quién ha puesto ese pequeño pedazo de barro sobre la tierra para creerse soberano, único